

Lorena Amkie

EL CLUB
DE LOS
PERDEDORES

DESTINO



¿QUIÉN ELEGIRÍA PERTENECER, POR SU PROPIA VOLUNTAD, A EL CLUB DE LOS PERDEDORES?

Los adultos están locos. He escuchado a muchos de ellos contar historias de cuando eran «jóvenes» y se les escapan sonrisitas traviesas y suspiran: «Ah, esos años de la secundaria...». Digo yo: o están locos o no tienen memoria. Esta es la verdad: la secundaria es una porquería. Daría lo que fuera por poder adelantarme unos diez años y dejar todo esto atrás. Y pensar que cuando iba en primaria creía que esta sería la mejor época de mi vida... Creí que todo cambiaría, no sé por qué, que yo cambiaría y también la manera en que todos me ven, que la madurez, las bubs, la bajada, la ropa, el Face, no sé, que

algo pasaría después del verano entre el final de sexto y el primer día de primero de secundaria, y un día despertaría y sería otra: Alexa reinventada. Pero nadie puede reinventarse. Nadie cambia. Somos lo que somos y esa es la peor condena. ¿Y quién soy yo? Una niña un poco extraña. No debería decir «niña», porque ya tengo catorce años, pero supongo que me sigo sintiendo más chica que las demás. Para empezar, siempre he sido la primera de la fila (sí, todavía nos hacen formarnos y hacer estúpidas rutinas seudomilitares). Hasta hace un año, Mariana y yo alternábamos: a veces yo era un poco más alta, a veces ella, pero en las últimas vacaciones se estiró y parece que seré la más chaparra para siempre. No hay muchas esperanzas: mi mamá es chiquitita y mi papá también. Luego: últimamente todas decidieron hacerse el fleco lacio y de lado y a mí no se me queda, por más que me paso horas y horas con la maldita secadora, el fleco se engrifa todo y se regresa. Dice mi mamá que es porque tengo un «remolino». Whatever. No es el remolino: tengo pelo de escoba y la única manera en que se queda quieto es en una cola de caballo apretadísima y con mucho gel. Cola de caballo... Peinado de niña chiquita. Por si eso fuera poco, soy pelirroja, y no como Mary Jane de *Spiderman*, no ese tono sexy, de modelo; más bien un rojo oscuro y feo, y vengo con el paquete de las pelirrojas: pecas en toda la cara. Las odio. LAS ODIÓ. Un día me las tapé con el maquillaje de mi mamá y cuando llegó casi se desmaya: me había acabado todo el bote y por lo visto era una

cosa muy cara. Igual, las pecas tercas se transparentaban a través de la plasta beige, así que no gané nada. «Todo el mundo sabe que las pelirrojas son las más especiales», me dijo mi mamá en la noche, cuando se le pasó el coraje. «Especiales»... Es la palabra que mis papás usan para decir que soy rara. «Especial». Como cuando un bebé es feo y en vez de decir: «ahh, está hermoso», dices: «ah... ¡qué chistoso!». También soy eso: chistosa. Soy el bufón de mi casa, la que hace reír a todos con sus imitaciones de cantantes y sus tonterías, pero en la escuela nadie podría adivinar eso, porque casi no abro la boca. Uno pensaría que quedarse callado es la mejor manera de no llamar la atención, pero «uno» estaría equivocado. En mi generación te pueden molestar por las cosas más tontas: a mí me dicen «Fósforo» por mi pelo rojo (qué estupidez, ¿no?), a otra niña le dicen «Ingenua». ¿Por qué? Porque los idiotas creen que «ingenua» significa «tonta». No saben nada, pero igual le gritan: «ingenua, ingenua» y la otra se la pasa llorando. A Ruth le dicen «Jirafa», ya saben por qué. Están «el Negro» (por la piel), «Garfio» (por la nariz), «Lennon» (porque usa lentes...), «Bieber» (porque está en el coro), y una larga lista de apodos. Y claro, los que inventan estos apodos son la gente más estúpida de la clase (¿quién le pondría Lennon de apodo a alguien para molestar?!) pero a ellos nadie los molesta. Son intocables. Se saludan de beso, se pasan las tareas, se ponen blusas de colores abajo del uniforme. Son los populares. Y se llaman «La Sociedad». Original, ¿no? Uf.

Lo de la altura, el pelo y las pecas no es secreto, pero tengo otras cosas «especiales» que me guardo, porque seguro serían usadas en mi contra. La primera: escribo poemas. Tengo una libreta en la que escribo con pluma morada. La guardo hasta abajo del cajón del escritorio. La segunda: los poemas son de amor. Un día mi mamá le contó a mi papá que había escrito un poema de amor y él sonrió con odiosa ternura y dijo: «Estás muy chiquita para esas tonterías». Los papás no saben nada. «¿Cómo puede una “niña” escribir poemas de amor si nunca se ha enamorado?», han de pensar. Lo cual nos lleva al tercer secreto: estoy enamorada. Pero esa es una historia trágica, así que no vale la pena ni hablar de ella. Basta con decir esto: es mucho más grande que yo (tres años), superinteligente, oye la mejor música y pinta como un GENIO. Así que, claro, no tengo ni media chance.

Otra cosa que no puedo esconder es que me va bien en la escuela. Bueno, lo traté de esconder una vez y salió peor: mis papás hablaron conmigo y me dijeron que estaban muy decepcionados, que era obvio que estaba esforzándome para que me fuera mal. Tenían razón. La verdad es que la escuela no me cuesta tanto trabajo. Y entonces, además de Fósforo, soy una «ñoña», una «matada». A veces me dicen de una manera, a veces de otra; los más creativos mezclan los apodos y puedo ser «Fosforoña». Ya sé que me debería de valer, pero a veces me da tanta rabia que tengo que irme corriendo al baño antes de que se me salgan las lágrimas. Sí, ya sé que soy

«especial», «diferente» y «original». Pero, ay, demonios, a veces quisiera ser menos especial y más igual a todos.



Me quiero morir. Pasó lo peor de lo peor, de lo peor. Justo antes del recreo, la directora vino a la clase y dijo que había desaparecido la cartera de Raúl y que no íbamos a salir a comer hasta que apareciera. Empezaron a revisar todas las mochilas y yo traía mi kotex por si acaso y entonces lo metí a mi casillero. La cartera no apareció y la maestra revisó uno por uno los casilleros de todos. Cuando llegó al mío, que para colmo es el último de hasta abajo, todos estaban muy atentos y yo me puse roja, morada... No le di la combinación a la maestra y todos me empezaron a gritar «ladrona». Finalmente, me sacó de la clase y empezó a decirme que estaba muy decepcionada, bla, bla, bla, y entonces le dije que yo no me había robado nada, que tenía ahí mi kotex... Todo se acabó arreglando, pero me quería desaparecer del Universo, y aunque el estúpido de Raúl encontró su cartera en la bolsa de su chaqueta, Fabiola mandó al chat del grupo: «Cierren bien sus casilleros porque la ‘Ladrona Sanitaria’ va a atacar». Hasta le cambió el subject al chat. Ahora soy la «Ladrona Sanitaria». Lo único que me faltaba.

Leí mis poemas y son una basura. No sirvo para nada. A veces me siento tan sola que quisiera inventarme un amigo imaginario. Además, le reclamé a mi hermana que agarró mi camiseta nueva sin permiso y le cayó salsa

encima, hizo todo un berrinche y me acabaron regañando a mí por egoísta. Odio mi vida.



Fui con mi prima a ver la proyección de aniversario de *El joven manos de tijera*. Mi mamá nos llevó y luego pasó por nosotras afuera del cine. Las dos nos vestimos todas de negro, yo estrené una bolsa de calavera que me compré en el bazar de Lomas Verdes y hasta nos pusimos raya en los ojos. Me agarré el pelo en la misma colita de siempre, pero le di vueltas alrededor y quedó como un moño y me gustó como se veía: de ballet, pero más cool. Unos tipos nos chiflaron afuera del cine. Pamela quería ir también, hizo un berrinche de miedo y, por suerte, mi mamá no me obligó a llevarla. En fin, ver esa peli en el cine me superultramega fascinó, desde que salió el título en la pantalla me dieron ganas de llorar de emoción y hasta le tomé foto.

Disfruté cada segundo. Amo a Edward, es perfecto, lo amo. Sólo hay alguien más perfecto que él... Ayer lo vi y me enamoré más (imás!). Llegó como siempre con sus audífonos y estaba con unos jeans medio rotos, camiseta negra, botas negras, uf... Es taaaaan hermoso. Hoy me pidió una varita de carbón porque se le había acabado y se me trabó la lengua, maldita sea. Me la pidió con voz muy bajita, no como la gente que cuando tiene audífonos grita. Su voz es taaaaan sexy, ronquita, varonil... uf. Saqué la caja de mi morral y casi se me cae, pero ya, le

di el carbón y cuando lo agarró me rozó el dedo. Sonrió como por medio segundo y esa sonrisa se me quedó grabada en el cerebro desde ayer. Yo creo que me puse toda roja. Si mi papá me hubiera visto habría gritado a todo volumen: «Ay, nenita, te pusiste roja, ¡qué lindo!». Sí que sabe cómo humillarme. :-&

Dios mío, ¿por qué no puede amarme? No le pediría nada más a la vida, que me ame, que me bese, que me cante en el oído como cuando tararea sus canciones así, muy bajito con esa voz que me vuelve loca... Sí, claro, sigue soñando Alexa, Fósfora, Enana, Fea y Ñoña. Sigue soñando. Ay, quiero llorar. Empacó sus cosas porque ya se iba y yo lo seguí con la mirada (¡bruta!), y antes de salir volteó, me cachó que lo estaba viendo, volvió a sonreír tantito y luego movió los labios, que siempre están resecos, diciendo: «gracias». Por lo del carboncillo. Me quedé parada como idiota y se me escapó una sonrisa. Luego pensé que ojalá le hubiera hecho igual, con los labios y sin voz, «de nada», para que viera mis labios, pero claro, en el momento no se me ocurrió. Se me va a hacer eterna la semana hasta el otro miércoles.



Pasó algo muy raro. No llegó la maestra de Física y entonces decidieron que jugáramos Beso-Cachetada. Odio ese juego, me pongo muy nerviosa y le doy beso al primer niño que me da para no arriesgarme, aunque sea Marcos (que siempre está sucio de algo) o «la Mole»

(Pablo). Nunca escojo a uno de los populares porque es horrible que te den cachetada, pero saldría peor si dijera que no quiero jugar. Una vez lo hice, me puse a dibujar unos logotipos de mi inicial con la de Adrián, y Fabiola me arrancó la hoja del cuaderno, se la empezó a enseñar a todos y a decir que yo estaba enamorada de Armando y que ni se iba a poner celosa (eran novios), porque yo no era competencia. No me dejaron de molestar hasta que pasó otra cosa y se les olvidó. Pero esa semana me la pasé pésimo, y si de casualidad volteaba a algún lado y ahí estaba parado Armando, todos empezaban: «¡Uy, la ‘Fósfora’ está prendida!», etcétera. En fin. Pues esta vez empezó el juego y a las mujeres nos tocó sentarnos y a los hombres escoger a quién le daban beso. Fabiola no estaba porque le dio bronquitis (Lourdes y Cinthya le pidieron a todos 20 pesos para que le mandáramos unas flores y yo no tenía y me empezaron a decir que por eso no tenía amigos. Aj, cómo las odio). Armando fue el segundo en entrar, o sea que quedábamos todas menos Lourdes, y nos vio a todas rápido y empezó a caminar hacia Cinthya, que obviamente era la segunda más deseada, y ella ya estaba con su sonrisita. No lo vi directo y al final se volteó hacia mí y me dio un beso rapidísimo. Cuando jugábamos Beso-Cachetada en sexto, los besos eran en el cachete, pero este año los populares dijeron que eso era de niños y que tenían que ser en la boca para que fuera divertido. No entiendo cuál es la gran emoción si todos ellos ya se han besado bien-bien. Yo

no tomo los picos como besos de verdad, para nada. Mi primer beso no ha pasado y cuando pase será mágico, con lengua y ojos cerrados y fuegos artificiales. El caso es que me lo dio en la boca, con los labios cerrados (obvio), pero igual me supo un poquito a chicle y aunque duró un segundo, nos vimos a los ojos. Lo malo fue que me quedé paralizada como idiota y no le contesté el beso. Siempre que alguien da beso, todos empiezan «uuuy», pero esta vez no. Todos estaban como shockeados de que me hubiera escogido a mí. Yo también, claro. Tampoco le di cachetada y se quedó ahí parado, esperando mi reacción. Entonces me incliné con los labios en posición, pero no calculé y acabé besando el aire y ahí sí todos se murieron de la risa... ¿Por qué nada me sale bien? Pero estuvo raro que me escogiera, todavía quedaban todas las demás. Pero lo eché a perder, claro. Pero estuvo raro. ¿No? Ay. Diablos.



Ahora los de La Sociedad se sientan hombres y mujeres juntos en el pasto y chismean y se toman fotos y las suben al Face. Están de moda las «cosquis»: casi siempre las mujeres les hacen a los hombres o a veces los hombres les hacen a las mujeres a cambio de un favor o algo de comer. Se pasan así todo el recreo, Fabiola casi siempre está acostada con la cabeza en las piernas de Armando o del asqueroso de Raúl mientras los dos le hacen cosquillas, uno en cada brazo como si fuera una sultana o algo. Ahora se cortó el pelo en capas y seguro para el lunes todas

lo van a traer igual. Si yo me hiciera capas, el pelo se me esponjaría mil veces más. Ahora resulta que está haciendo una dieta nueva y que para las vacaciones va a haber bajado cuatro kilos comiendo todo lo que quiere. Ay sí, ni que fuera tan fácil. Yo iba pasando por ahí cuando estaban hablando de eso y ella se subió la camiseta para enseñarle a todos (o sea, a Armando y a Raúl) que estaba más flaca. Se le alcanzó a ver el resorte de la tanga rosa. Zorra. ¿Cómo pueden usar eso? Le pedí a mi mamá que me comprara una y me la quité a la media hora. Aunque claro, si estuviera más flaca... El caso es que Raúl sacó el celular y le tomó una foto y justo estaba yo pasando por ahí. En la tarde vi que habían subido la foto al Face... iy que me habían borrado la cara! La verdad me sentí pésimo, como un estorbo o como un fantasma sin cara. Y claro, todo el mundo le puso Like a la panza de Fabiola.



Últimamente me siento en el recreo con Nadia y Mariana. Nos vamos a la terraza del tercer piso, que está medio escondida, y ponemos lo que traemos de comer al centro y compartimos todo. Si no estoy de humor, me pongo a leer ahí en la terraza. No es que seamos tan amigas, no les cuento nada de mis cosas, pero está mejor que quedarme en el salón y que parezca que estoy estudiando cuando en verdad estoy escribiendo o dibujando. Además a mí me conviene: mi lunch es el peor del mundo... Mi mamá con sus ideas naturistas. Sándwiches integrales sin mayo-

nesa y con queso panela que moja todo el pan, asqueroso. Avena que se seca toda y es un engrudo incomible. Agua con pepino y chía o no sé qué. Ya le pedí mil veces que mejor me dé dinero para la cafetería, pero dice que no puede saber qué porquerías estoy comiendo y que prefiere cuidar mi nutrición desde la casa. Igual la cafetería es territorio de La Sociedad, porque cuando no están en el pasto acurrucados entre todos, están en las mesitas de ahí. En el recreo nos dejan poner música y obviamente siempre es la que ellos escogen: Justin Bieber, Selena Gómez y One Direction, y no sé qué tantas porquerías. Una vez la Mole llevó un disco que él había grabado y no lo dejaron poner ni la primera canción. De todas maneras, ¿qué escuchará Pablo? Nada bueno, seguro. Yo pondría la mejor música: Hole, Cardigans, No Doubt, Madonna... Sí, aunque no sea rock, Madonna es Madonna. También he conocido mucha música nueva de la que escucha Adrián, rock viejo como los Rolling Stones, Pearl Jam, los Doors, etcétera: cuando está concentrado pintando, me asomo a su iPod y luego bajo la música de internet. Si no fuera por él, no iría a las clases de pintura. Soy pésima, pésima, pésima. Llevo casi dos años y no paso de copiar jarrones y frutas. El otro día Adrián estaba tarareando «Wish You Were Here» de Pink Floyd y reconocí en qué parte iba y la canté en mi cabeza al mismo tiempo. Fue como si hubiéramos estado conectados, y yo le decía «quisiera que estuvieras aquí», aunque estábamos en el mismo lugar, pero no realmente...

Empecé a llevar audífonos a la clase y el otro día se me rompió la punta del lápiz y cuando volteé vi que Adrián estaba con los ojitos medio cerrados... Creo que estaba tratando de ver mi pantalla del iPhone. Se la acerqué y sonrió y yo me quité los audífonos mientras pensaba que al fin se me iba a hacer hablar con él, pero se volteó luego luego, y siguió pintando con sus audífonos puestos... Ya sé que ni me debería de hacer ilusiones... Seguro sólo quería ver qué cochinas escucha la niña pelirroja de la pintura... Por cierto, estaba oyendo «Ojos claros, labios rosas» de Ely Guerra. A mí me encanta, pero no sé si él oiga música en español... Quién sabe qué opinó de mí. Ahora no puedo dejar de cantarla en mi cabeza y sólo pienso en él y en sus labios rosas que quiero besar... «Tengo el corazón herido...».



Qué día. No puedo creer todo lo que pasó, y ahora a ver qué más va a pasar. Sigo un poco en shock por lo que hice, pero no hay vuelta atrás y la verdad no me arrepiento. Alguien tenía que hacer algo. Pero a ver, voy desde el principio.

El día de por sí empezó raro: hoy en la mañana Armando cruzó todo el salón para venir a saludarme. Yo estaba con Mariana explicándole algo de una tarea y vi que caminaba hacia mí con la mano en la bolsa de los jeans, como siempre, y meneando la cabeza (también como siempre). Se había peinado para arriba y traía una

sudadera negra encima del uniforme. La verdad se veía guapo (aunque no es mi tipo). Yo vi de reojo alrededor y lo primero que pensé es que iba a saludar a Mariana (¿por qué?), pero no, sonrió un poco, dijo: «Qué hay, F... Alexa», y me plantó un beso en el cachete. Luego se quedó ahí parado y yo, otra vez, no hice nada. Creo que tartamudeé algo así como: «Todo bien, todo bien», me sentí una idiota, y se fue. Mariana se puso más roja que yo y con los ojos superabiertos se quedó viendo cómo Armando se alejaba. Se muere por él, pero bueno, eso no es tan raro. En fin. No sé por qué conté esa estupidez si luego pasó algo muy importante que, además, hace que lo de Armando deje de existir porque después de hoy voy a ser la loser más loser de la escuela. Bueno, la segunda más loser. A Ruth (Jirafa, pero obvio yo nunca le digo así) siempre la andan molestando. SIEMPRE. No es nada nuevo, pero se ha puesto peor últimamente. A la pobre le dio sarampión y todavía no se le habían quitado las ronchitas y entonces le empezaron a decir «Roncha». Un día entró al salón y Fabiola, Cinthya y Lourdes, que estaban ahí junto a los casilleros, se agarraron de las manos y corrieron hasta la otra esquina mientras gritaban a todo volumen que había llegado la «Roncha Radioactiva», que nadie se dejara tocar. Cada vez se aguanta más para llorar, pero traía una cara... Otro día se tropezó en la clase de Educación Física y a Raúl se le ocurrió decirle «la Cabra» (a ese se le ocurren los apodos más estúpidos pero siempre pegan) y de ahí derivó a «la Patas»,

y, finalmente, «la Pata». Entonces ahora es «la Pata», y de repente uno llega del recreo y hay una pata de pollo dibujada en el pizarrón y todo el mundo sabe de qué se trata. Además, obviamente, subieron la foto de su caída con quince diferentes filtros de Instagram.

En fin. Esos son los antecedentes. Ah, y el último: ayer estábamos sentadas Nadia, Mariana y yo en la terraza, y Ruth iba pasando por ahí con la mirada baja y esa joroba que ya trae por no querer ser alta, y le dije que viniera. Las otras hicieron caras pero me valió. Ni que fueran las más populares para ponerse sus moños. La pobre vino y se sentó un poco más atrás que todas y sólo veía el piso. Hubo un silencio incómodo y luego yo retomé la conversación: estábamos hablando de la muerte y de maneras de suicidarse, cuál sería la más dolorosa, cuál la más rápida, etcétera. La conversación era medio en broma, claro, y en eso, de la nada, Ruth dice: «Lo de las venas no es tan fácil como se ve en las películas». Otro silencio. Mariana siguió comiendo papas y juro que crujían más fuerte que lo normal. Por suerte, se acabó el recreo y nos fuimos, pero no pude dejar de pensar en ella el resto de la tarde y hasta que me dormí. Cuando éramos más chicos, le vaciaban botellas de agua en la mochila, le escondían sus cosas, le robaban la comida... ¿En verdad habrá tratado de cortarse las venas? Hay gente que está mucho peor que yo. Al menos no se meten «tanto» conmigo porque me defienden más.

Pero hoy fue el colmo. El megacolmo. Llegó la hora del recreo y, como siempre, M, N y yo nos esperamos a que

los de La Sociedad se fueran del salón para irnos después (han desaparecido cosas «misteriosamente»...). Lo que se me hizo raro fue que Ruth se fue al mismo tiempo que todos: casi siempre se queda en el salón a comer. Nos instalamos en la terraza de siempre, pero yo tenía un mal presentimiento y hasta se me quitó el hambre. No pude poner atención a lo que hablaban M y N: sólo volteaba a ver si Ruth venía, yo la había invitado. Pero pasaban los minutos y nada. Era obvio que no tenía ninguna otra cosa importante qué hacer, ni con quién sentarse, así que me puse más nerviosa y no podía dejar de pensar en lo que había dicho de las venas. De plano ya no aguanté y me fui dizque a lavar las manos. En el baño del tercer piso no había nadie. Bajé al segundo piso: nadie. Y cuando me acercaba al baño del primer piso, el que está junto a la cafetería, oí las voces de esas víboras. Traté de entrar pero habían cerrado con botón. «Ocupado», gritaron las tres al mismo tiempo, y se rieron en estéreo. No me latió. Llamé a Ruth y se hizo un silencio total. Volví a tocar y me gritaron que me largara. ¿Qué le estarían haciendo? En fin, era su problema. Tal vez ni estaba ahí adentro. Subí el primer piso de escaleras y estuve a punto de subir el siguiente cuando vi desde lejos la puerta de la Dirección, que me hacía ojitos. ¿En verdad vas a hacer esto, Alexa? Tampoco necesitas más razones para que te odien. Avancé hacia las escaleras, me regresé... Mi cerebro estaba hecho un relajo. Pero al final llegué hasta la Dirección y toqué la puerta de la directora. Le dije

que creía que algo malo le estaba pasando a Ruth, le dije en manos de quién y en dónde. Un minuto después, la directora estaba ordenándole a Fabiola y compañía que abrieran la puerta. Yo estaba escondida en la esquina.

—No estamos haciendo nada —contestaron, y no abrieron. La directora se fue, seguramente a llamar a alguien que pudiera abrir la puerta.

—Pobre de ti si dices algo, ¿oíste? —escuché que decía Fabiola, y entonces se abrió la puerta. El trío de víboras salió disparado escaleras arriba. La directora llegó y encontró la puerta abierta... Dentro estaba Ruth. La directora la guio afuera, rodeándole los hombros con los brazos. Le habían cortado el pelo y su cabeza parecía un nido despeinado. Tenía los ojos muy abiertos y le temblaban los labios. Di un paso adelante, pero no tenía nada que decir, así que me quedé donde estaba. La directora no me vio, pero Ruth sí, y sus ojos estaban llenos de miedo. Su miedo me dio escalofríos y su corte de pelo me revolvió el estómago. Desaparecieron rumbo a la Dirección y Ruth no volvió a clases el resto del día. Las víboras me estuvieron aventando papelitos, pero nunca volteé. Lourdes se paró dizque al bote de basura e hizo como que se tropezaba para soltarme una patada en la espinilla: tampoco dije nada. Y era obvio que se estaban mensajeando de mí. La verdad me moría de miedo... Sé que reconocieron mi voz. Creí que las iban a llamar a la Dirección en cualquier momento, pero no pasó nada en todo el día. A la salida me fui corriendo en lo que ellas se

quedaban platicando, para que no me agarraran. Ojalá así se queden las cosas.



Hoy llegué más temprano que de costumbre y me fui a esconder al baño del segundo piso hasta que ya había empezado la primera clase. Preferí llegar tarde que arriesgarme a que las víboras me vinieran a amenazar o algo. Me senté en mi lugar y vi que Ruth no estaba... Mi corazón se aceleró y tuve ganas de mandarle un chat a ver qué había pasado, pero no me llevo tanto con ella: ni tengo su celular y creo que no está en el chat del grupo. Y a la mitad de la clase de mate, el director vino por ellas. Se pusieron pálidas y me dio gusto, pero no me duró mucho: antes de salir del salón, Fabiola me echó una mirada asesina y casi la pude oír diciendo: «Te voy a matar». Luego me enteré de que las interrogaron por separado y al principio no querían decir nada, pero cuando amenazaron con llamar a sus papás, Lourdes se puso a llorar y «confesó». Su historia: querían ayudar a Ruth a sentirse mejor y trataron de hacerle un corte de pelo nuevo, pero en el proceso ella se arrepintió y por eso se quedó a medias. Por favor. Qué creen, ¿que todos somos estúpidos? Pero entonces los papás de Ruth la trajeron a la escuela y la directora le preguntó enfrente de Fabiola y sus secuaces qué había pasado y ella corroboró la historia falsa... Al rato las víboras volvieron al salón, todas campantes: no les hicieron nada. Pero Fabiola me echó

otra de sus miraditas y se me erizaron los pelitos de los brazos. Al final todo fue en vano y ahora voy a tener de enemiga a toda La Sociedad.



La Sociedad tiene su propio grupo de Face. Tienes que mandar solicitud y que te acepten para poder publicar (no la he mandado ni la mandaré, obvio), pero cualquiera puede ver las cosas que suben, porque entre todos se las van compartiendo y al final no importa si estás o no en el grupo: te acabas enterando. En sus fotos, Fabiola siempre sale mandándole besos a la cámara o frente al espejo estrenando algo. Todos tenemos que enterarnos de su ropa nueva y de si bajó cien o 200 gramos. Bueno, yo no tendría que enterarme, si tan sólo lograra despegarme del maldito Face... Pero me da morbo, no lo puedo evitar. Y los fines de semana, si fue a alguna parte, pone adónde, qué comió, qué pensó... ¿A quién le interesa? A sus amiguitas, que le ponen Like inmediatamente, porque viven conectadas a la abeja reina. Lourdes es de las que pone estupideces de superación personal, tipo: «La amistad es el arcoíris que nos ayuda a sobrevivir la tormenta», y fotos también. Y Cinthya sólo comparte cosas de los demás o pone fotos de cantantes de quinta. De los hombres, Raúl pone chistes que casi siempre me caen en el hígado o cosas de deportes, Diego siempre sube fotos de zorras enseñando todo, Armando se hace el intelectual y pone fotos de cuadros famosos o frases de libros

